

celebraciones religiosas. Sin embargo, a la hora de pagarles a los maestros de primeras letras podía dejar pasar hasta dieciséis años sin hacer efectivo el sueldo de un solo maestro, como es el caso de don Agustín Joseph de Torres, quien solicitaba lo que él mismo denomina sus "urgencias lloradas" o "algún socorro de limosna". El Estado obligaba así al maestro a mendigar su salario; he aquí una continuidad que caracteriza la historia del maestro en Colombia. Las urgencias lloradas de los maestros en la colonia son hoy las "continuas matadas" o lo que algún ministro anuncia por todos los noticieros como si fuera una novedad: "sudor y lágrimas".



La investigación de Alberto Martínez Boom, Orlando Castro Villarraga y Carlos Ernesto Noguera es un interesante ejercicio genealógico, a la manera de Michel Foucault. Es un texto bien documentado que va describiendo "...las vicisitudes, los avatares, las miserias, las luchas, las esperanzas y las ilusiones de una figura cada vez más desplazada y oculta tras los siglos de historia: el maestro de escuela" (pág. 143). Un oficio que desde su aparición, hace doscientos años, ha sido promovido, vigilado y regulado por el Estado; una vocación de servicio público que, desde un espacio —el salón de clase y el patio— y un tiempo —el horario de clases asignado—, forma parte de una jurisdicción y potestad del Estado como garantía de la permanencia y cohesión social, y que para sobrevivir mendiga la remuneración de su trabajo.

El lector tiene en sus manos un libro documentado. Un texto que hacía mucho rato le faltaba a la historiografía colonial y al magisterio. Un libro sencillo de leer y que es un buen indicador de cómo se hace la historia social. Un libro que todo maestro debiera leer: un texto que causa profunda tristeza si se lo mira desde la óptica del maestro, pero que cuando se examina con ojos de historiador resiste cualquier análisis. Hermoso libro que describe, una a una, las *urgencias lloradas de un maestro de escuela*.

ORIAN JIMÉNEZ MENESES

Un cuento a partir de la "Cartilla lacónica"

Maestro, escuela y vida cotidiana en Santafé colonial

Alberto Martínez Boom,
Orlando Castro Villarraga
y Carlos Ernesto Noguera
Sociedad Colombiana de Pedagogía,
Bogotá, 1999, 158 págs.

En el último tercio del siglo XX, sectores avanzados de la historiografía colombiana, al paso marcado por historiadores de otros países americanos, dieron un viraje significativo al estudio del período comprendido entre las reformas borbónicas y la independencia. En efecto, hasta entonces la historia tradicional en nuestro país se mantuvo cautiva, como lo anotara Germán Colmenares, en la prisión historiográfica creada por don José Manuel Restrepo, centrándose en los acontecimientos políticos y militares, tan propicios para la historia "acontecimental" y el relato heroico. En contraste, y desde la llamada "nueva historia", pasaron al primer plano los estudios de historia económica y social, y un poco después los de la historia cultural, que han traído aire fresco al estu-

dio de la historia colombiana; en este último campo se inscribe el presente escrito.

Ésta es la historia de las desventuras y el tesón de un modesto maestro de escuela de primeras letras, don Agustín Joseph de Torres, pionero de un nutrido grupo de anónimos servidores públicos, presos en la paradójica situación de oír pregonar a diario la exaltación de la dignidad y grandeza de su ocupación, "la más importante para la felicidad de las repúblicas", y a la par verse enfrentados al abandono y la mezquindad de su remuneración. Pero no se trata de presentar un héroe que suscite la admiración, ni de trazar el retrato de un modelo que imitar, sino de la descripción de su existencia modesta y de las condiciones en que debió ejercer su oficio.



Los autores se proponen mirar el pasado desde el presente y el presente desde el pasado, en la tónica instaurada por Marc Bloch y Lucien Febvre desde el tercer decenio del siglo XX y continuada por los historiadores de la denominada Escuela de *Annales*. Por ello, acudieron a la perspectiva genealógica para indagar las condiciones que hicieron posible que surgieran y se institucionalizaran, en el Nuevo Reino de Granada y en las postrimerías del ilustrado siglo XVIII, la escuela pública y el maestro público, dejando de lado la búsqueda de los orígenes de tales instituciones, indagación tan proclive a la mitificación y las disputas por la primacía como estéril en sus resultados para el conocimiento de la época estudiada y la comprensión del presente. A la vez, los auto-

res enfatizan la continuidad de los rasgos que permanecen casi intactos en el ejercicio de la profesión de maestro de escuela y en la institución escolar.



El texto destaca la importancia que tiene la creación del cargo de maestro público, caracterizado por ser sujeto de la intervención del gobierno en su designación y control. Este acontecimiento, que se da primeramente en la capital, después de expulsar el rey Carlos III, en 1767, a los jesuitas de sus dominios de España y ultramar, se extendió con rapidez a unas veinte o treinta ciudades y villas del virreinato.

De entre estos nuevos agentes del saber, seleccionados por los cabildos locales y reconocidos por el poder virreinal, unos pocos privilegiados recibían su salario del ramo de Temporalidades, constituido con los bienes incautados a los jesuitas en aquellos lugares en los cuales tuvieron escuelas pías, adecuadamente financiadas con capitales impuestos a censo, con lo cual tenían garantizada su adecuada financiación. En cambio, los más de aquellos abnegados *apóstoles* de la educación de los niños debían reclamar con insistencia el pago de sus servicios de los siempre escasos fondos del ramo de propios; esto es, de las exhaustas arcas de la administración municipal, que de ordinario alegaba otras prioridades para dilatar el pago debido al educador.

A partir del rastreo de los abultados y numerosos expedientes que reposan en los archivos, enviados al superior gobierno por maestros angustiados por la penuria, los autores

destacan los siguientes rasgos que, como marcas de familia, se vienen repitiendo durante más de doscientos años:

1. Desde cuando la voz del maestro hizo su aparición en la historia, hasta el presente, lo que predomina y resuena es su reclamo suplicante por el pago de los sueldos atrasados, acompañado, las más de las veces, por la solicitud de un aumento que le permita subsistir con dignidad y levantar su familia.

2. Su carácter de intelectual dependiente, subordinado a otros intelectuales, el cura y los miembros del cabildo local, los funcionarios nacionales, departamentales y municipales, sujeción que oscila pero no desaparece en el tiempo.

3. La delimitación precisa del saber que compete a los maestros, escogidos mediante *exámenes de oposición*, circunscribiéndolos al manual de enseñanza, elaborado entonces por intelectuales españoles con miras a instruir al maestro "en las tareas propias del oficio". Allí, dicen los autores, "estaba registrado todo lo que un buen maestro tenía que saber para ejercer la enseñanza, como hoy está en los libros de texto lo que necesita saber un docente y aprender los estudiantes". Valga la pena mencionar cómo en la Villa de la Candelaria de Medellín, en 1790, un sector del clero y los españoles miembros del cabildo se opusieron a que el doctor José Joaquín Gómez Londoño, abogado titulado, fuera designado para el cargo de maestro público de primeras letras porque, según decían, su demasiado saber se convertiría en obstáculo para el ejercicio de su oficio, y apoyaron a su contrincante, un español, sacador de aguardiente en la real fábrica, cuya bella caligrafía encomiaban como la mayor cualidad que un maestro debía tener.

4. La llamada "ilusión intelectual del maestro", a la cual los autores dan un énfasis especial, puesto que el caso del maestro Torres es un claro ejemplo de ello.

En efecto, desde su nombramiento en 1775 hasta su jubilación en 1820, ya bajo la república, don

Agustín desempeñó el oficio de maestro de primeras letras de la escuela de San Carlos, que ocupaba un aula espaciosa en el primer piso del edificio de San Bartolomé. Los autores lo designan como "símbolo del maestro público en nuestro país", tanto por ser uno de los pioneros en el ejercicio de la enseñanza en su carácter de funcionario público, como por ser el más importante del país en su momento, en cuanto su escuela era la única oficial en la capital, y por ser probablemente el mejor remunerado y fundamentalmente por haber sido el primero en publicar, en 1797, un texto pedagógico al que tituló *Cartilla lacónica de las cuatro reglas de Aritmética práctica*.

Los autores, si bien dan preponderancia en su estudio a las peripecias del maestreo don Agustín, no dejan de lado el análisis cuidadoso y bien documentado de las condiciones de la escuela pública, tanto las locativas como las pedagógicas e institucionales.



Asimismo, la vida cotidiana de la capital es descrita con rasgos acertados. El lector es llevado a una ciudad de algo más de 20.000 habitantes, en la que ochocientas chicherías sirven de refugio y solaz a los numerosos ociosos, vagos y malentendidos, a los que inútilmente trataban de poner coto las leyes de policía. En contraste, los trece conventos, en los cuales residían más de 1.200 personas consagradas a la oración, la penitencia, las obras pías y el servicio divino, así como los treinta y un templos, que marcaban las divisiones urbanas y adscribían los fieles a cada parroquia, dan prueba

de la que llaman la cara "mística" de la ciudad. Igualmente llamativas son las descripciones del costoso derroche para poner en escena el espectáculo del poder colonial, con motivo de los funerales de un rey, la jura de su sucesor, o la llegada de un nuevo virrey; no menos preciso en su brevedad aparece el terror que se siente en Santafé a la llegada del "Pacificador" Pablo Morillo.

Conviene destacar la amplia y variada documentación de que hacen gala los autores en la construcción de su relato. Como es de rigor en un estudio histórico, se destacan los documentos de archivo, bien sea los voluminosos expedientes manuscritos, bien los de la prensa u otras publicaciones impresas de la época. Igualmente, es generoso el uso de la bibliografía histórica referida al período y al tema, tanto la que se ocupa de la metrópoli como la que hace relación a la actual Colombia y a otras colonias hispánicas, en especial a México.



Los autores lograron construir un buen texto histórico, ameno y bien fundamentado. A partir de un corto aviso aparecido en febrero de 1801 en el *Correo curioso*, erudito, económico y mercantil, en el cual se ofrecía para la venta la mencionada cartilla, fueron entretejiendo los pocos acontecimientos relacionados con el maestro Torres y su escuela hasta formar una trama atractiva y verosímil. El lector está invitado a compartir lo que Marc Bloch denominara la "aventura de la investigación" de la mano de los autores, quienes cuentan cómo fueron formulando hipótesis, descartando las que no resultaban

fecundas, para al final retener aquella que mostraba mayor capacidad para explicar los vestigios hallados.

LUIS JAVIER VILLEGAS
BOTERO

No todo lo que brilla es *High Tech*

Juan Montoya

Varios autores

Villegas Editores, Bogotá, 1998, 391 págs., il. Textos: Margaret Cottom-Winslow

El libro recopila una amplia selección de los trabajos de diseño de interiores realizados en los últimos dos decenios por el exitoso arquitecto y decorador colombiano Juan Montoya. Nacido en Bogotá en 1945, Montoya cursó dos años de arquitectura en su ciudad natal y en 1968 ingresó a la Escuela de Diseño Parsons de Nueva York, donde se graduó en 1972. Al año siguiente se trasladó a París y realizó sus primeros trabajos. En 1975 se instaló en Milán, donde estudió diseño de muebles. Inició su carrera profesional como diseñador independiente en Nueva York, a partir de 1976.

De formato grande, diagramación elegante, lujosa edición y excelentes características editoriales, el lector se encuentra ante un libro para ver y leer a placer, gracias a más de cuatrocientas fotografías y a unos textos claros y amenos, firmados por Paige Rense (prefacio), Mónica Geran (visión retrospectiva) y Margaret Cottom-Winslow, con la asistencia editorial de Carlos A. González y Meredith Hobbins. Resultan muy bien ajustados al mejor estilo de la literatura del género, cuyos parámetros, fijados por revistas como *Architectural Digest*, se caracterizan por una prosa fluida y bien tejida, una descripción de la atmósfera general, identificación del marco de referencia dado por el cliente en cuestión, señalamiento de los

conceptos básicos que animan el diseño y de los retos enfrentados, e identificación de logros sobresalientes y detalles importantes.

Montoya es señalado como uno de los pioneros del denominado *High Tech*, estilo que cobró auge a principios de la década de los ochenta, en el que los espejos, los muebles lacados, el acrílico, los reflejos metálicos, los contrastes con fondos negros y la iluminación dramática de los espacios, están al servicio de un gusto por el brillo y la escenografía grandiosa, que parece celebrar bien la opulencia de clase. Porque el diseño de interiores es un arte que, además de la satisfacción estética que puede producir para el propietario, establece también una declaración de la posición que ocupa o aspira a ocupar dentro del grupo social. Es decir, produce valores simbólicos más allá de los valores de uso.

Cabe recordar que el *High Tech* ganó mucha popularidad en Colombia, donde, antes que un "desarrollo", sufrió, a partir de su adopción por los beneficiados del enriquecimiento ilegal, toda una vasta degeneración, como resultado del ascenso social que vivieron los agentes del narcotráfico, quienes crearon una importante demanda de mobiliario, decoraciones lujosas y diseños que, desde las clases altas tradicionales, eran vistos como de señalado mal gusto. El adjetivo que se acuñó fue el de mágico ("esa silla es como de mágico"), en alusión a la rapidez con que se conformaron tales fortunas, y como velada referencia fonética a los asuntos de la mafia. Por todo ello, estas primeras obras de Montoya incluidas en el libro, si se miran con los ojos colombianos de hoy, antes que precursoras de un estilo novedoso, pueden ser vistas como paradigmas del gusto que adoptó una clase emergente, hoy desvalorizada, pero que en su momento quiso insertarse en la sociedad.

Como en toda moda —y la decoración de interiores lo es, hasta el punto de que podría definirse como el vestido del espacio—, los gustos cambian; más aún, es tarea de los creadores de moda hacer